

CUANDO LA TORTA DESAPARECIÓ

La torta de chocolate recubierta de crema era la que más le gustaba a Julia. También le gustaba a Tinto, su perrito, al que quería tanto que siempre compartía con él lo que le daban.

- Debo hacer una torta hoy – dijo cierto día la mamá de Julia, - pues van a venir a comer con nosotros los abuelitos.

- ¡Oh mamá! ¿Harás la torta que más me gusta?

- Sí, tendremos torta de chocolate, y puedes ayudarme a prepararla.

Julia corrió a buscar su delantal blanco y se lo puso sobre el vestido rosado a cuadros. Se trepó a una silla alta en la cocina y dijo:

- Ahora estoy lista para ayudarte.

Se divertía mucho alcanzando a su madre las cosas que necesitaba y mirando como mezclaba y batía la masa. La mamá empujó una fuente amarilla grande hacia donde estaba Julia, después de haber dejado caer los huevos en ella a medida que los rompía, le dio el batidor y dijo:

- Ahora ten cuidado de no salpicar nada por encima de la orilla de la fuente.

Julia hizo girar cuidadosamente la manija del batidor hasta que los huevos quedaron como una linda espuma amarilla, que la madre envolvió en la masa de la torta.

Cuando ésta estuvo lista, tenía muy lindo aspecto. Era de tres capas, coronadas con una gruesa capa de crema blanca batida.

Durante el almuerzo, Julia dijo:

- Abuelita, yo ayudé a hacer la torta.

- Es una de las mejores tortas que yo haya comido – contestó el abuelito y añadió:

- Yo sé, Julia vas a ser una muy buena cocinera, como lo son tu mamá y tu abuelita. ¿Me dan otro pedazo?

Terminada la comida, sobraban tres pedazos de torta. La mamá envolvió cuidadosamente en el papel encerado y dijo:

- Daremos un pedazo a papá para su almuerzo mañana, y Julia y yo tendremos un pedazo cada una para el nuestro.

A las doce, el día siguiente, Julia entró en la cocina donde la mamá estaba preparando el almuerzo. Había dos tazones azules sobre la casa para la sopa que estaba calentando. Dos vasos estaban llenos de leche, y había dos pedazos de torta de chocolate sobre un lindo plato floreado.

Sonó el teléfono, y mientras se dirigía a contestarlo, la señora dijo:

- Vamos a comer dentro de unos minutos, Julia.

La niña sacó un trocito de uno de los pedazos de torta y dio una parte a Tinto. Pero la torta era tan rica que sacó otro pedacito para sí misma y aun otro para el perro.

La mamá seguía hablando. A Julia le pareció que era una conversación muy larga, pero en realidad duró tan sólo unos minutos. Mientras tanto Julia seguía comiendo pedacitos de torta. De repente vio horrorizada que uno de los pedazos había desaparecido casi completamente. Tomó lo que sobraba y se fue en punta de pies a su habitación. Al ratito la mamá la llamó, y ella se acercó calladamente a la mesa.

La señora sirvió la sopa y preguntó:

- ¿Qué sucedió con el otro pedazo de torta?

- Tinto debe haber comido- murmuró Julia. – Ya sabes cómo le gusta la torta.

- Yo no sabía que Tinto sacaba cosas de la mesa – dijo la mamá. – Tú te comes el pedazo que queda, querida.

A Julia le resultaba difícil aceptar esto. Comió algunos bocados, pero luego dijo:

- No tengo hambre; termínala tú.

Fue un alivio para ella levantarse de la mesa e ir a jugar afuera. ¡Qué desdichada se sentía! Se acordaba de los momentos felices que había pasado mezclando y batiendo la masa con su mamá y de cuán bondadosa había sido ésta al darle su propio pedazo. Pero sobre todo recordaba cómo había comido la torta y había echado la culpa al perro.

La cosa era que Julia no estaba feliz. La tarde parecía larga y aburrida. Quiso jugar con sus muñecas; jugó con Tinto; pero no hallaba placer en nada. Se iba sintiendo cada vez más desdichada. Finalmente decidió ir a contárselo todo a su mamá. Entró corriendo en la casa y llamó:

- Mamá, ¿dónde estás?

- Aquí, en la pieza de costura, querida.

Julia se precipitó hacia ella y, arrojando sus brazos alrededor de su cuello, confesó:

- Mamá, no fue Tinto el que se comió la torta- dijo. – La comí yo. Siento mucho haberlo hecho, y siento mucho no haberte dicho la verdad.

Su mamá contestó bondadosamente:

- Yo sabía que tú la habías comido, querida. Pero estaba segura que me lo contarías.

- Yo nunca he estado tan triste como esta tarde – dijo la niña. – Nunca volveré a tomar algo que no me pertenece, ni a decir algo que no sea la verdad. He aprendido que cuando uno hace mal no puede sentirse feliz.

- Así es – dijo la madre. – Me alegro que hayas aprendido esta lección.